

AIBR

Revista de Antropología
Iberoamericana

www.aibr.org

Volumen 14

Número 3

Septiembre - Diciembre 2019

Pp. 463 - 489

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.

ISSN: 1695-9752

E-ISSN: 1578-9705

Redes informales de crianza en el ámbito adoptivo¹

Jorge Grau Rebollo

Departamento de Antropología Social y Cultural. Universitat Autònoma
de Barcelona

Recibido: 23.11.2017

Aceptado: 12.07.2018

DOI: 10.11156/aibr.140306



RESUMEN

El fenómeno de las adopciones internacionales ha sido profusamente estudiado en los últimos 15 años desde diversas disciplinas, incluida la antropología social y cultural, si bien algunos ámbitos —como el del papel de las redes personales de apoyo en la crianza adoptiva— no han recabado todavía una atención suficiente en nuestra disciplina. Para contribuir a cubrir esta carencia, abordaré en este artículo las principales conclusiones de una investigación orientada a analizar los cuidados y roles entendidos como parentales y a explorar la extensión de dichos roles en las redes de crianza configuradas en torno a menores adoptados por vía internacional en procesos no considerados de riesgo por razones de salud física o mental, ni debido a otros indicadores socioculturales de vulnerabilidad. Con este fin, me centraré principalmente en el examen de la trama personal de soporte informal de 50 padres y madres en lo que refiere a los sectores clave que, en su quehacer cotidiano, han considerado más importantes para la crianza de sus hijos e hijas adoptados. Con ello, trataré de identificar los tipos principales de apoyo requerido, así como a los principales agentes implicados en tareas de cuidado (independientemente de su edad, profesión, vínculo social o proximidad genealógica con las familias adoptivas), las razones de su relevancia y las características esenciales de las redes resultantes.¹

PALABRAS CLAVE

Crianza, adopción internacional, redes informales de apoyo, roles parentales.

INFORMAL PARENTING NETWORKS IN THE ADOPTIVE FIELD

ABSTRACT

The phenomenon of international adoptions has been widely studied in the last 15 years from various disciplines, including Social and Cultural Anthropology. However, some areas have not yet been fully considered in our discipline, such as the role of personal support networks in adoptive parenting. In order to palliate this shortcoming, this article will address the main conclusions of a research project aimed at analysing care tasks and parenting roles, and explore the extension of these roles within the parenting networks configured around internationally adopted children in processes not considered of high risk because of physical or psychological reasons, nor due to other sociocultural vulnerability indicators. To this end, I will examine the personal support networks of fifty parents, considering in particular the key sectors that they think of utmost importance for the daily upbringing of their adopted children. By so doing, I intend to identify the core types of support needed, as well as the main agents involved in care tasks (regardless of their age, profession, social connection or genealogical proximity with the adoptive families), the reasons for their relevance, and the essential characteristics of the resulting networks.

KEYWORDS

Parenting, international adoption, informal support networks, parental roles.

1. Este artículo es resultado de mi participación en el proyecto de investigación *Parentalidades. Aproximaciones antropológicas y conexiones interdisciplinarias* (CSO2012-34041), financiado por el MICINN y dirigido por Anna Piella Vila y José María Uribe Oyarbide.

Agradecimientos

Agradezco a José Luis Molina, profesor titular de Antropología Social y Cultural de la UAB, su ayuda en el tratamiento y análisis gráfico de la visualización de las redes.

1. Introducción. Las redes sociales como recursos estratégicos de apoyo

Es difícil exagerar el impacto de las adopciones internacionales en España entre mediados de los años noventa del siglo pasado y la primera década de los 2000, no únicamente por su contundencia estadística —en cifras absolutas se pasa de 1.487 adoptados en 1995 a un máximo de 5.541 en 2004, mientras que en términos de incremento respecto a la media del período 1993-1997 nos movemos en torno a un 606,76%, según datos de Selman (2006: 185)—, sino también por la considerable incidencia social de un número cada vez mayor de menores adoptados con fenotipos manifiestamente distintos de los de sus padres y/o madres adoptantes. Así, puede suceder con la adopción internacional un fenómeno similar al que constata Pichardo (2011: 553) en el caso de los matrimonios homosexuales: pese a que cuantitativamente sean estadísticamente menos significativos que otras formas de acceso a la paternidad o maternidad, su impacto legal, cultural y político es enorme (Bestard y Marre, 2004; Marre y Briggs, 2009).

En este contexto, la adopción internacional se ha convertido en una vía de acceso a la maternidad/paternidad plenamente normalizada socialmente, alejándose del secretismo que envolvió durante décadas en España a la adopción nacional (Montané, 1996: 26). Una de las consecuencias de este proceso de relativa normalización del fenómeno ha sido la atención mediática y académica que ha ido floreciendo en torno a él a partir de los años noventa desde diversas disciplinas. Si bien esta aproximación ha sido, por lo general, sectorial y fundamentalmente orientada a cubrir aspectos puntuales del proceso adoptivo (adaptación, apego, orígenes, etc.), existen todavía facetas del mismo que no han recibido atención académica suficiente (Grau Rebollo, 2011). En este sentido, Palacios y Brodzinsky (2010) reclaman explorar con mayor profundidad los significados e implicaciones contextuales de la adopción, entre los cuales se cuentan el cuidado y las estrategias parentales de atención a los menores mediante el recurso a redes formales e informales de provisión de servicios.

Indudablemente, el papel y relevancia de las redes sociales como estrategia de apoyo está bien establecida. Desde los estudios pioneros de

Moreno (1951), muchas investigaciones —en buena medida, como veremos, del mundo anglosajón— han recurrido al análisis de redes sociales para comprender la conformación concreta de interacciones específicas entre individuos insertos en un mismo colectivo. Se persigue con ello aproximar el análisis de un fenómeno a través de los agentes sociales que en él intervienen mediante conexiones concretas entre ellos, de las cuales depende, en último término, la disposición particular de ese contexto interactivo. Este enfoque se ha aplicado a muy diversos niveles: desde las estrategias reticulares de grupos sociales estructurados para garantizar su supervivencia o perpetuación —trátase de colectivos marginados o de élites sociales (Adler-Lomnitz, 1994)— hasta las colaboraciones científicas internacionales en ámbitos concretos de investigación (Wu y Duan, 2015). En la misma línea, el papel de los grupos sociales también está claramente establecido en el ámbito adoptivo, bien en relación a parejas preadoptivas (Goldberg y Smith, 2008), en lo tocante a la adopción de menores con necesidades especiales en situaciones que reclaman sistemas de apoyo más integrado (Kramer y Houston, 1998) o en el marco de estadios posadoptivos de seguimiento (Neil, 2007). Así, autores como Groza (1996) o Cutrona (2000) han subrayado la importancia de estos grupos de apoyo en la cobertura tanto de necesidades específicas como de refuerzo emocional a lo largo de la etapa previa a la adopción y de los estadios siguientes a la llegada del menor.

Sin embargo, aunque las redes formales (habitualmente vinculadas a instituciones públicas, privadas o sin ánimo de lucro) suelen comprender estructuras más o menos estables de provisión de información o apoyo específico hacia personas que se encuentran en situaciones similares, no siempre alcanzan a cubrir del todo las necesidades que impulsan su activación. En consecuencia, no es infrecuente que las familias adoptantes refieran ciertas insuficiencias en las mismas, o tengan un acceso limitado a ellas (Kinkler y Goldberg, 2011; McKay y Ross, 2010), lo que conlleva la activación de otras vías informales de apoyo. A este respecto, Proctor, Groza y Rosenthal (1999) sostienen que las familias suelen requerir simultáneamente ambas vías, formal e informal, para satisfacer sus necesidades y, como no acostumbran a perseguir los mismos objetivos, el recurso a una u otra puede depender de factores tan diversos como la motivación particular de la demanda o la expectativa de provisión de la misma.

Sea como fuere, muchos de estos estudios aluden explícitamente al decisivo papel que juegan las redes de apoyo en determinadas situaciones, como la llegada de menores con necesidades especiales (Kramer y Houston, 1998), los proyectos adoptivos en el seno de familias homoparentales (Erich, Leung, Kindle y Carter, 2005) o los seguimientos posadop-

tivos (Neil, 2007; Schwartz, Cody, Ayers-Lopez, McRoy y Fong, 2014), entre otras. Sin embargo, existen menos estudios orientados a examinar las redes informales de apoyo a la crianza en situaciones no carenciales o sin riesgo definido, aunque Pudrovska (2008) advierte que la condición adoptiva puede constituir, *de facto*, un factor generador de estrés parental frente a formas «convencionales» de paternidad/maternidad biológica²:

Criar a hijos no biológicos puede suponer factores adicionales de estrés en comparación con tener únicamente hijos biológicos [...] Ser un padre adoptivo también puede ser estresante en cierta medida. La investigación con muestras clínicas psiquiátricas indica que los menores adoptados pueden ser propensos a problemas conductuales y psicológicos, aunque algunos estudios apuntan solo a pequeñas diferencias entre niños adoptados y no adoptados [...] Por lo tanto, hipotetizo que tener hijastros adoptivos o hijos adoptados adultos puede constituir un factor potencial de estrés en la vida de los padres (Pudrovska, 2008: 169; traducción propia).

Otros autores ponen de relieve la necesidad de analizar los contextos familiares en padres adoptivos (Lansford, Ceballo, Abbey y Stewart, 2001), teniendo en cuenta que:

Una orientación clave para investigaciones futuras, por lo tanto, será investigar los vínculos entre los procesos familiares, la calidad de las relaciones y el bienestar tanto en el interior de las estructuras familiares como entre ellas [...] No basta con saber que una persona vive en una estructura familiar determinada, sino que debemos conocer también lo que ocurre en su interior (2001: 850; traducción propia).

Es precisamente este enlace entre ciertas conexiones familiares, el aspecto cualitativo de la relación y su contribución al bienestar del padre y/o de la madre el que pretendo abordar aquí, trascendiendo la mera enumeración de figuras centrales en la órbita reticular de la crianza en contextos adoptivos para tratar de determinar su papel en la misma. De este modo, las preguntas principales que trataré de responder en este artículo, siempre en el marco de procesos ordinarios de crianza adoptivos (esto es: no consi-

2. Pese a que existe un corpus bibliográfico considerable explícitamente orientado a analizar condiciones estresantes en madres y padres adoptivos en diversas situaciones (desde la revelación de orígenes hasta las necesidades especiales, pasando por el desarrollo cognitivo o psicomotriz), la consideración de la adopción como un contexto propicio a la generación de estrés no es unánime. Por ejemplo, Goldberg, Smith y Perry-Jenkins (2012) consideran que, a diferencia de la paternidad biológica mediante embarazo convencional, la adopción constituiría una vía más igualitaria de ingreso a la parentalidad, debido a que ambos progenitores deben implicarse por igual en el proceso y ninguno de ellos experimenta cambios hormonales que puedan influir en el proceso de apego con el menor (2012: 814).

derados de riesgo por razones de salud física o mental, ni debido a otros indicadores socioculturales de vulnerabilidad), son las siguientes:

- a) ¿Quiénes componen estas redes informales de contactos —entendiéndose este carácter no formal en la medida que dichas redes no constituyen entramados profesionales, preestablecidos y específicamente orientados a la provisión genérica de cierto tipo de servicios o de soporte a una comunidad o colectivo determinado—?
- b) ¿Qué tipo de apoyo se busca en las mismas y a quién se recurre para satisfacerlo?
- c) ¿Presentan estas redes características similares o muestran, por el contrario, diferencias significativas?

Concretamente me interesa aquí conocer qué personas considera cada Ego (el/la informante en cuestión) que son *más relevantes e importantes* en la crianza de su(s) hijo(s) o hija(s) adoptados(as), en lugar de forzar una enumeración exhaustiva de individuos conectados en muy diverso grado a este propósito. De este modo, se obtiene la nominación explícita de agentes *fundamentales* en el apoyo a la crianza.

En este contexto, defino *crianza* como el conjunto de fenómenos socioculturales que estructuran y encauzan la enculturación de los/as niños/as hasta su madurez social, cubriendo sus necesidades vitales básicas, y que comprenden ideas, normas y prácticas respecto a su manutención, protección y bienestar físico y psicológico, así como el acompañamiento de su inserción social en la comunidad humana de la que son miembros mediante la provisión y regulación de los códigos culturales necesarios para ello.

Entiendo *apoyo* como el soporte o auxilio que se presta en la provisión de una tarea o ámbito de actuación (en este caso el cuidado)³ y considero *red de apoyo* el conjunto de «[...] relaciones interconectadas que proporcionan patrones duraderos de interacción, relaciones interpersonales, educación y cuidado (*nurturing*), y refuerzos para hacer frente a la vida cotidiana» (Proctor, Groza y Rosenthal, 1999: 2).

2. Metodología

Para ello, parto del análisis del entramado informal de apoyo a la crianza de cincuenta padres y madres adoptantes de diversos puntos de España

3. Por razones de espacio no puedo extenderme aquí en una crítica conceptual más pormenorizada al respecto (véase Offenhenden y Comas, 2017).

(aunque mayoritariamente asentados en Cataluña). Esta selección forma parte de una muestra más amplia de 477 padres y madres adoptantes con quienes se trabajó entre 2012 y 2016 a diversos niveles a lo largo de la investigación y a quienes se administró un cuestionario *online* que daba cuenta de diversas facetas del proyecto adoptivo y que permitió combinar un nivel más extensivo de respuestas con la profundización en algunos aspectos clave mediante entrevistas y la determinación de su red personal (Grau Rebollo, García Tugás y Vich Bertrán, 2016). Para contactar con ellos/as contamos con la colaboración de casi 60 asociaciones (como Adopta, AAIM, IPI, Ajuda'm, Genus, Jamuna, Adopty, ACI o AFAC, entre muchas otras, a quienes se informó por escrito del propósito y alcance del cuestionario), además de promover la metodología de *bola de nieve* para ampliar y diversificar los perfiles recabados⁴. Se buscaba así ampliar al máximo el espectro geográfico y relacional de potenciales informantes, aunque finalmente —y sin pretenderlo— acabaron siendo mayoría los padres y madres residentes en Cataluña. Respecto al perfil familiar, como puede apreciarse en la Tabla 1, predominan claramente las familias heteroparentales⁵.

Esta muestra más general fue destilándose en estadios sucesivos de la investigación en función, por ejemplo, de la disponibilidad para implicarse en etapas ulteriores del estudio, su adecuación a diferentes perfiles sociodemográficos y, muy significativamente, su disposición a proceder con una fase de entrevistas destinada a profundizar en un análisis reticular específico. Llegados a este punto, y a efectos de establecer propiamente la existencia de una red, se estipuló para todos los casos un número mínimo de cinco nominados. El objetivo de establecer un umbral mínimo estriba en reforzar las condiciones de fiabilidad del análisis (Kogovšek y Ferligoj, 2004) y buscar la máxima consistencia en las redes resultantes (McCarty, Bernard, Killworth, Shelley y Johnsen, 1997). De este modo, un volumen de nominados inferior a cinco haría difícil hablar de red, sobre todo en contextos en los cuales: (a) el total de nominados es reducido y (b) no se demanda una enumeración exhaustiva (i.e. personas que de algún modo intervienen en la crianza), sino limitada específicamente a quienes se consideran más importantes en dicho cometido. En consecuencia, de los 55 informantes que accedieron a esta última fase

4. Agradezco a todas ellas, así como a cada una de las personas que han colaborado de un modo u otro en este estudio, la difusión de los objetivos de la investigación y la prospección de informantes para la misma.

5. Sigo aquí la tipología establecida por Jociles y Leyra (2016) y que distingue entre homoparental, monoparental y heteroparental.

se tuvo que descartar a quienes arrojaron agregados con cuatro nominados o menos (cinco casos).

En lo que refiere a la realización de las redes de apoyo, la información se obtiene preguntando a cada una de las personas nominadas las mismas cuestiones relativas al tipo y frecuencia de contacto mutuo, así como otros indicadores relevantes (importancia que se concede a esa persona para el rol analizado, grado de conocimiento mutuo entre nominados/as, etc.). El objetivo final es obtener una representación visual de nodos (personas, categorías...) y líneas (relaciones), en las cuales el tamaño de los primeros indica el peso relativo de esta persona y el grosor de las segundas refiere a la intensidad de las relaciones (véase Gráfico 1). Para establecer estos parámetros se tuvo en cuenta el grado de densidad relacional —indicador de su nivel de conectividad, resultado de dividir las conexiones reales entre el total de conexiones potenciales de los diversos nominados en la red— y del índice de apoyo —calculado en base a la suma del número de nominados por cada Ego que proporcionaban algún soporte específico— (McCarty, 2002; Molina, 2001). Estas dos medidas nos permiten conocer hasta qué punto las conexiones entre los diversos miembros (nodos) de la red le confieren consistencia y suponen un apoyo efectivo para Ego. De este modo, el análisis de redes nos permite visualizar y analizar con más precisión la cohesión relacional del conjunto de apoyos que moviliza cada persona para propósitos concretos y en contextos determinados.

3. Redes informales de crianza

3.1. *Perfiles que constituyen la red*

Un primer factor por considerar en el análisis de los resultados de la investigación fue que no existe un único patrón reticular para el conjunto de casos examinados. Tras el análisis de la información se puso de manifiesto que se dibujaban tres agrupaciones (*clústeres*) distintas en función de la similitud en los perfiles de cada uno de los casos analizados respecto a las categorías recogidas en la Tabla 1 (densidad, índice de apoyo, antigüedad del proyecto adoptivo, etc.). De este modo (Tabla 1), la primera agrupación es la que presenta una mayor densidad (7,23%), por encima de la segunda (5,9%) y de la tercera (4,64%), mientras que en lo referente al índice de apoyo los guarismos muestran un 16,74 (agrupación 1), 8,85 (agrupación 2) y 2,76 (agrupación 3), respectivamente.

	<i>Agrupación 1</i>	<i>Agrupación 2</i>	<i>Agrupación 3</i>
<i>n</i>	13	20	17
<i>Hombres</i>	5	2	0
<i>Mujeres</i>	8	18	17
<i>Casados/as (%)</i>	100	100	35,3
<i>Edad (x)</i>	46,38	46,8	51,35
<i>Hijos biológicos sobre el total (%)</i>	18,18	27,02	16
<i>Adoptados como hijos únicos (%)</i>	30,76	35	65
<i>Nominados en la red (x)</i>	10,07	8,3	7,18
<i>No parientes en la red informal (%)</i>	38,16	33,13	44,26
<i><18 años (%)</i>	13	14,5	11,5
<i>18-34 años (%)</i>	9,16	10,24	14,75
<i>35-54 años (%)</i>	50,38	45,18	33,6
<i>55+ años (%)</i>	28,24	30,12	43,44
<i>Adopción como principal proyecto de futuro</i>	23	30	58,82
<i>Se han sometido a TRA</i>	0	25	17,6
<i>Densidad</i>	7,23	5,9	4,64
<i>Índice de apoyo</i>	16,76	8,85	2,76

Tabla 1. Características principales de la distribución de la muestra por agrupaciones (elaboración propia).

Es evidente que la presencia de mujeres en la red es abrumadora (86%, frente al 14% de hombres), porcentaje similar a la distribución de la muestra total por sexo (un 83% de mujeres frente a un 17% de varones). Aunque esta desproporción resulte llamativa, coincide con los datos que facilitan otros estudios que han recurrido al entorno virtual como parte de la metodología de investigación (Jaume y González Río, 2014). Además, pese a que el 78% de informantes estaban casados, únicamente en el 18% de casos fue el marido quien respondió y colaboró más activamente en el estudio. Las razones aducidas para explicar esta participación tan desproporcionada fueron principalmente de orden logístico y de conciliación de horarios: mayor facilidad para atender la entrevista debido a la reducción de jornada laboral por crianza, a la

concentración del horario de trabajo en jornadas intensivas, encontrarse en excedencia o estar en paro. En ocasiones, ambos estaban presentes durante la entrevista, pero solo era la mujer quien respondía y, en consecuencia, participaba en la configuración de la red personal de apoyo. No era infrecuente que la razón aducida en este caso fuese la cantidad de tiempo que se pasa diariamente junto al hijo o la hija, no por decisión mutua o desentendimiento del marido, sino por la mayor facilidad de conciliación laboral u otras razones coyunturales de orden práctico (por ejemplo, trabajar en el mismo centro escolar al que asiste el menor o en sus inmediaciones).

Como he señalado anteriormente, solo en cinco casos no fue posible trabajar sobre la red informal proporcionada y siempre se debió a que se citaron menos de cinco personas como apoyo fundamental en la red. En un caso fue a causa de una movilidad geográfica sobrevenida a la adopción —lo que forzó una reconfiguración de contactos personales en destino— y en los otros, el escaso número de nominados se correspondía con la voluntad expresada por el/la informante de concentrar al máximo las tareas de crianza, delegando puntualmente algunas de ellas⁶. Es interesante observar, no obstante, que esta convulsión en la red no equivale a una discontinuación de las relaciones con ciertos contactos, sino a la imposibilidad de recurrir a ellos de forma efectiva y sostenida en el tiempo para ciertas tareas de crianza, aunque el trato puede mantenerse —e incluso ser habitual— por vía telefónica o a través de las redes sociales. Además, se subrayó en todos los casos la paternidad/maternidad adoptiva como un proyecto esencialmente de pareja, de modo que se procuraba limitar al máximo la solicitud de ayuda o asistencia fuera del propio núcleo conyugal. Con todo, también aquí se subraya la importancia de la asistencia ocasional de otros familiares o amigos en momentos puntuales y de lo que una informante denominó «presencia en ausencia»: *«Sabes que están ahí por si en algún momento los necesitas»*.

Puede apreciarse también que las redes más densas y con mayor índice de apoyo aparecen cuando el ingreso a la paternidad/maternidad se hace a edades más tempranas, y el porcentaje de familiares y parientes en la red es también más alto, siendo la media de nominados/as mayor en su conjunto. Aparentemente, según estos datos, las mujeres no casadas de mayor edad no solo presentan un mayor número de hijos/as adoptados/as como hijos únicos (pese a haber pasado en casi un 18% de casos por

6. Al quedar fuera de la muestra final (menos de cinco personas en la red), su situación personal respecto a la crianza debería abordarse en otro tipo de investigación que no considerase un número mínimo de nominados.

técnicas de reproducción asistida), sino que muestran proyectos adoptivos más consolidados como principal vía procreativa y presentan redes menos densas y con menor tendencia a considerar a otras personas como agentes fundamentales para la crianza.

En lo que refiere a las redes de un mínimo de cinco nominados, como se aprecia en la Tabla 1, nos encontramos con tramas relativamente reducidas, lo que quiere decir que el número de personas cuya intervención se considera muy importante en la crianza adoptiva no es excesivamente amplio, especialmente en la tercera agrupación, con poco más de siete nominados de media. La conformación de estas mallas asistenciales puede apreciarse en la Tabla 2:

	Total	Total A1	Total A2	Total A3	% A1	% A2	% A3
Amigos⁷ adoptantes	26	9	8	9	6,8	4,8	7,3
Amigos no adoptantes	54	16	17	21	12,1	10,2	16,9
Padres	20	4	9	7	3	5,4	5,6
Madres	34	9	15	10	6,8	9	8,1
Suegros	8	3	3	2	2,3	1,8	1,6
Suegras	18	8	8	2	6,1	4,8	1,6
Hermanos	12	8	1	3	6,1	0,6	2,4
Hermanas	44	11	17	16	8,3	10,2	12,9
Hijos/as	8	0	6	2	0	3,6	1,6
Cuñados	12	4	6	2	3	3,6	1,6
Cuñadas	12	7	5	0	5,3	3	0
Cuidadores	4	1	0	3	0,8	0	2,4
Vecinos/as⁸	6	2	2	2	1,5	1,2	1,6
Profesores/as	22	4	9	9	3	5,4	7,3
Médicos/as	8	1	2	5	0,8	1,2	4

7. Se entiende por «amigos» en este contexto el conjunto de personas ubicadas fuera de la esfera de parentesco de Ego con quienes reconoce mantener una relación de afinidad y afecto.

8. Personas con residencia próxima a Ego y que no pertenecen a ninguna de las categorías anteriores.

	Total	Total A1	Total A2	Total A3	% A1	% A2	% A3
<i>Pareja</i>	38	13	18	7	9,8	10,8	5,6
<i>Otros familiares</i> ⁹	47	13	23	11	9,8	13,9	8,9
<i>Otros</i> ¹⁰	49	19	17	13	14,4	10,2	10,5

Tabla 2. Perfiles de nominación (respecto a Ego) en las redes informales personales estudiadas. Totales agregados, totales por agrupación y porcentaje de cada categoría en cada una de ellas (elaboración propia).

Como vemos, existen ciertas diferencias en las tres agrupaciones en relación con el perfil de nominado. Así, en la primera agrupación, la mitad (50,7%) de las personas relacionadas pertenecen a las figuras familiares más próximas a Ego (padres, hermanos, suegros, hijos/as, hermanos/as y cuñados/as), mientras que lo que podríamos considerar genéricamente como no familiares (amigos, vecinos, cuidadores, etc.) suponen el 39,4%, y el 9,8% restante corresponde a la pareja¹¹. Esta proporción se mantiene con ligeros cambios en la agrupación 2 (56% de familiares, 33,1% no familiares y 10,8% parejas), pero cambia en la tercera, donde la proporción de no familiares se eleva hasta el 50%, la de familiares se queda en un 44,35% y las parejas sitúan en el 5,65% —recordemos que, en esta agrupación, únicamente el 35,3% de entrevistados/as están casados/as—. Sin embargo, pese a la estrecha relación que Ego mantiene con su padre y su madre, puede notarse que su incidencia sobre el total de contactos en cada agrupación se mantiene por debajo del 10% en cada uno de ellos. Si se enfoca la cuestión desde el punto de vista del menor, el agregado de abuelos/as paternos/as y maternos/as llega en el mejor de los casos al 21,1% (agrupación 2), siendo apreciablemente más baja en la agrupación 3 (16,9%). Es interesante apreciar, no obstante, cómo en números absolutos el eje intergeneracional (80 nominados entre padres propios y de la pareja) y el intrageneracional (80 nominados entre hermanos y cuñados) están notablemente equilibrados pese a sus desequilibrios internos en cuanto al género, lo que subraya el papel de las mujeres en los ámbitos más importantes de la crianza.

9. Primos/as bilaterales (en cualquier grado), tíos/as bilaterales o sobrinos/as bilaterales.

10. Esta categoría recoge figuras como entrenadores deportivos, sacerdotes o amigos del menor.

11. He preferido desglosar la categoría «pareja» de la de «familiar», ya que tanto en las entrevistas como en el estudio de redes los/as propios/as informantes establecían casi unánimemente esta distinción. Por la misma razón, también he diferenciado las figuras profesionales (médicos/as y profesores/as) de los/as cuidadores/as («canguros»).

Por otro lado, pese a que la literatura establece con claridad la influencia y relevancia de los abuelos (hombres y mujeres) como cuidadores subsidiarios o complementarios respecto al menor (véase, por ejemplo, Gladstone, Brown y Fitzgerald, 2009; Hayslip y Kaminski, 2005), debemos tener en cuenta una serie de factores a la hora de explicar esta aparentemente baja proporción de abuelos en tareas de crianza. En primer lugar, debe recordarse que la pregunta no requiere que Ego nomine a sus padres o suegros siempre que asuman algún rol en la crianza de su hijo, sino que únicamente demandaría esta apelación cuando ese papel se considerase fundamental o básico a tal efecto. A este respecto, en muchos casos cabe tener presente la edad avanzada de estas figuras, sus condiciones de salud o incluso la distancia residencial. En segundo lugar, y vinculado directamente con algunas de estas consideraciones, tratamos con una media de edad relativamente alta entre padres y madres adoptantes, moviéndose entre los 46 y los 51 años, aproximadamente (véase Tabla 1), lo que nos sitúa ante una franja etaria en la generación antecedente más alta que en casos de maternidades y paternidades a edades más jóvenes. En tercer lugar, las figuras de abuelos y abuelas aparecían frecuentemente en las entrevistas como personas de gran importancia afectiva en la vida de los niños y las niñas, manteniendo por ello un contacto lo más frecuente posible, aunque no desempeñasen un papel clave en la crianza. Por último, en casos donde la edad del menor es más baja, Ego y/o su pareja parecen tender a delegar lo menos posible para cohesionar más aún si cabe el núcleo parental.

En lo que refiere al resto de perfiles, destacan aquellas personas que Ego califica de «amigo/a» y que no tienen hijos adoptantes (12,8% del total de nominados), frente a aquellos que sí han completado un proyecto adoptivo (6,16% del total). Como puede apreciarse en la Tabla 2, en el interior de cada agrupación esta diferencia se mantiene e incluso se amplía. Este extremo es relevante por cuanto algunos estudios han apuntado a la influencia del círculo de amistades de una persona adoptante a la hora de tomar ciertas decisiones —i.e. elegir el país de origen o el género del menor— (Lindley, 2011) y apuntala la importancia de los amigos en el ámbito del cuidado parental, más allá de la propia esfera de camaradería del menor, a la que me referiré más adelante. A continuación, encontramos la categoría «otros familiares», comprendiendo diversas posiciones del espacio genealógico de Ego distintas a las ya mencionadas y «otros». Visto en conjunto, puede sorprender que las posiciones genealógicamente más próximas a Ego (descontando a su pareja) no copen los primeros lugares del escalafón del cuidado, con la única excepción de hermanas y, a cierta distancia,

de madres. En el conjunto de la muestra que ha servido de base a este estudio, es fácil encontrar situaciones en las cuales la relación parental entre hermanas se refuerza más que entre estas y sus hermanos varones. Es evidente también desde esta perspectiva la incidencia asimétrica del género en el ámbito familiar: el peso de las madres, suegras y hermanas es manifiestamente mayor que sus contrapartes masculinas tanto en números absolutos como en los porcentajes en cada una de las agrupaciones. En este sentido se reforzarían las tesis ya enunciadas por Bott (1957), Finch (1989) y Finch y Mason (1992) a propósito de la solidez del eje generación/género en los sectores mejor trabados de la red, sobre todo cuando los contactos coinciden con la maternidad y el desempeño parental. También puede llamar la atención que los cuidadores con perfil específico («canguros») tengan una presencia tan residual, pero durante el trabajo de campo se puso de relieve: a) que la delegación de tareas de cuidado en este sentido se realiza únicamente cuando no queda más remedio; b) que hay figuras, sobre todo familiares próximos —hermanos/as, padres/madres, suegros/suegras— a quienes se recurre en primer lugar en estos casos; y c) como veremos más adelante, no es raro que en caso de haber hijos/as algo mayores en el núcleo familiar, estos desempeñen este papel en momentos puntuales (incluso, a veces, en el mismo hogar mientras Ego —y/o su pareja— están realizando otras tareas).

Por otra parte, si, con propósitos operativos, agrupamos los diversos perfiles en cinco categorías básicas («pareja», «familiares» —combinando las diversas posiciones genealógicas más próximas a Ego y la categoría de «otros familiares»—, «amigos» —con o sin hijos/as adoptados/as—, «vecinos», «profesionales», además de la de «otros») y dirigimos nuestra atención a la *frecuencia* relacional (cuántas veces entran en contacto con motivo de la crianza adoptiva), podemos ver que la mayoría de contactos recaerían en la categoría «familia» (50,9%), seguido de «amigos» (18,9%), «otros» (11,6%), «pareja» (9,1%), «profesionales» (8%) y «vecinos» (1,5%). Cuando visualizamos esta distribución reticular, con todas las interconexiones entre los distintos nodos, obtenemos la siguiente conformación (Gráfico 1):

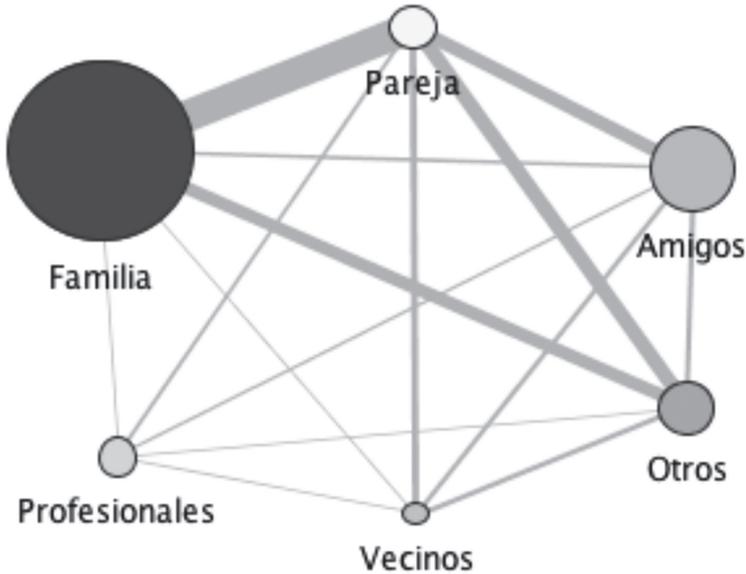


Gráfico 1. Visualización de la intensidad de las relaciones (grosor de líneas entre nodos) y el peso relativo de cada categoría (tamaño de nodo) en el conjunto de 50 informantes para quienes se trazó la red informal de apoyo (elaboración propia).

Este grafo, generado con un *software* específico (Visone), permite ver cómo los familiares, en sus diversos grados, constituyen una parte importante de la red personal de crianza en el conjunto de los informantes. En este sentido, no resulta extraña la intensidad de la conexión (apreciable en el grosor de la línea que las une) entre la pareja y su grupo de familiares, puesto que su frecuencia de contacto en este contexto es más alta que con otros colectivos. Puede verse también cómo, en condiciones no carenciales o de riesgo, la relevancia conferida a los profesionales es escasa en relación con el resto de las categorías y la intensidad de los vínculos parece relativamente débil; sin embargo, su intervención en la crianza se considera muy importante. Esta aparente contradicción se resuelve teniendo en cuenta que los/as informantes dan un gran valor al papel de estas figuras que, sin embargo, es ocasional: se recurre a ellos en pocas ocasiones, pero, cuando se hace, este contacto aporta un gran valor emocional y práctico. Sin embargo, puede sorprender que una categoría que supone poco más del 11% de la frecuencia de contactos («otros»), tenga una intensidad tan alta en las relaciones con

la pareja de Ego y con sus familiares (de uno o de ambos). Veremos más adelante el porqué.

3.2. *Activación de la red: el recurso a los contactos informales*

En el momento de preguntar a Ego por las tareas de crianza que consideraba más importantes y que eran cubiertas o respaldadas por el entramado de personas que fuesen más relevantes en su desempeño, se buscó que cada persona pusiese sobre la mesa su propia noción de crianza y se sintiese con libertad de seleccionar aquellas esferas que concibiese como fundamentales. De este modo, se aprecia qué ítems básicos considera cada informante que garantizan la adecuada manutención y el apropiado cuidado y bienestar de sus hijos/as, sin las constricciones impuestas por una delimitación externa (sobre todo si tuviese carácter enumerativo). Una vez más, se priorizaba la máxima afinación cualitativa por encima de una enumeración exhaustiva en la medida en que estas tareas seleccionadas deberían corresponder con aquellas que cada persona considerase vitales para su experiencia parental de crianza y requiriesen algún tipo de apoyo externo. Estas tareas se agruparon para todos los casos en siete grandes áreas, definidas del modo que sigue:

- Autoridad: potestad de influir sobre el menor con capacidad de ejercer cierto nivel de poder y hacerse obedecer.
- Afecto: conjunto de expresiones emocionales en cualquier contexto de interacción.
- Ocio: ocupación del tiempo libre no vinculada al juego entre el adulto y el menor (e.g. llevarle al parque, al cine...).
- Referente para el comportamiento del menor: rol modélico sobre el/la niño/a, no impuesto y sin que necesariamente comporte el ejercicio de poder sobre él/ella.
- Juego: conjunto de actividades lúdicas desempeñadas en común.
- Cuidados físicos: entendidos como los quehaceres orientados a la atención del menor en lo referente a la satisfacción de sus necesidades básicas (manutención, aseo, etc.).
- Educación: acompañamiento en su instrucción.

En la determinación de qué parientes cubrían estas necesidades, entraba en juego una octava posibilidad: todas o casi todas ellas, ya que una misma persona podía ser nominada en diversas áreas simultáneamente. Quiero insistir en este punto en que tanto la enumeración de ta-

reas como los propios límites de las actividades de crianza las establecía Ego, de modo que, por ejemplo, la relación de autoridad no necesariamente coincidía con ser un referente para el comportamiento de su hijo/a, por mucho que conceptualmente puedan parecernos muy próximas y que incluso ocasionalmente los propios informantes señalaran a la misma persona en ambas categorías. En conjunto, la ordinación de estas tareas quedaría como sigue: cuidados (34%), juego (17%), referente (14%), educación (10%), todos o casi todos (8%), ocio (8%), afecto (7%) y autoridad (2%). Las diferencias internas entre agrupaciones revelan que en la agrupación 1 es especialmente importante el ascendiente sobre el menor, mientras que en la agrupación 2 tiene más peso el juego, y en la tercera destacan tareas vinculadas al ejercicio de la autoridad (Gráfico 2):

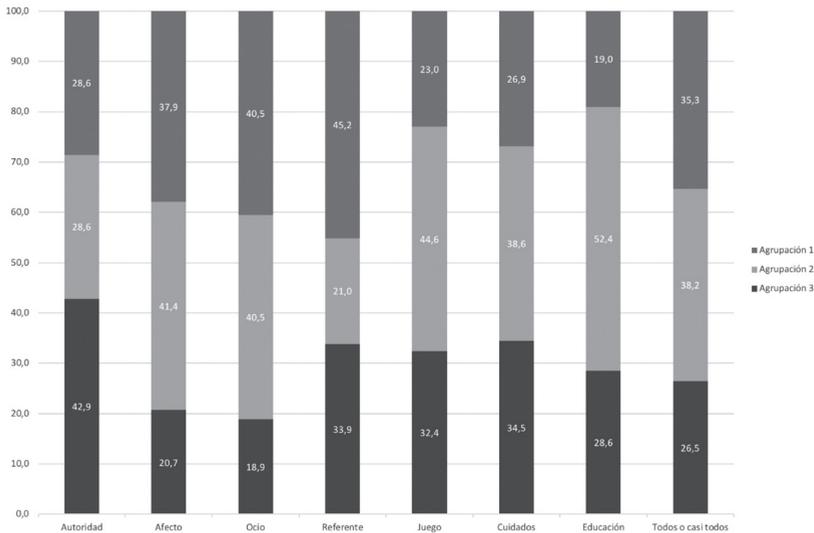


Gráfico 2. Distribución (en porcentaje) de tareas de crianza por agrupación (elaboración propia).

En general, la activación del recurso a la red suele hacerse por motivos diversos y comienza muchas veces antes de iniciarse el proceso adoptivo. Así, por ejemplo, comentaba una informante: «*Antes de adoptar ya contaba con el apoyo de mis padres y también de amigos, no estaba sola*» (Tere, 52 años, soltera con relación estable de pareja). Contar con este tipo de soporte parece especialmente importante en

aquellos casos en los cuales se inicia la adopción en solitario y la expectativa es la de desempeñar la crianza del menor sin contar con una pareja estable. De hecho, numerosos estudios se han centrado en la maternidad —o, en menor medida, paternidad— en solitario tanto dentro como fuera del ámbito adoptivo y en la importancia del apoyo social en estas circunstancias (entre otros, Hartwig, 2016; Jociles, 2013). Marta (una mujer soltera de 54 años y sin relación estable de pareja) remarcaba esta idea al afirmar que: *«toda la familia somos una pequeña ‘tribu’: todos intervenimos, delegamos, etc.»*, aunque este apoyo no se confina únicamente al ámbito familiar, y abarca a diversas figuras fuera del mismo.

En este sentido, la *agrupación 3* es especialmente interesante por cuanto la mayoría de sus integrantes no están casadas, y el 58,8% no mantenían ninguna relación estable de pareja durante el trabajo de campo. Si nos fijamos en la composición del hogar, vemos que el promedio de hijos en este segmento es de 1,4, de los cuales 1,2 son adoptados (solo en dos casos hay hermanos biológicos) y la media de edad de los hijos adoptados es de 11,3 años (oscilando entre un mínimo de 8 y un máximo de 17). Si lo extendemos al total de la agrupación, obtenemos una media prácticamente idéntica (11,4 años), ligeramente más alta que en la agrupación 2 (8,8) y la agrupación 1 (8,6). Es decir, sobre un total agregado de 84 hijos, 66 son adoptados, distribuyéndose del siguiente modo: agrupación 3: 25 y 21, respectivamente; agrupación 2: 37 y 27; y agrupación 1: 22 y 18. Por consiguiente, la tercera agrupación presenta una media de edad más alta tanto en los padres y madres como en sus hijos e hijas, siendo el sector con menores de mayor edad que más tiempo hace que fueron adoptados y, por ende, con trayectorias adoptivas más dilatadas.

Por otro lado, estudios precedentes han señalado el apoyo emocional y la búsqueda de información como factores clave de activación de las redes informales, además de compartir experiencias y ayuda práctica (Bryan, Flaherty y Saunders, 2010; Proctor, Groza y Rosenthal, 1999). En la presente investigación se profundizó explícitamente en este ámbito, inquirendo acerca de la preocupación de cada persona en cuatro de las áreas identificadas por dichos estudios como especialmente sensibles (Gráfico 3): desarrollo cognitivo, desarrollo físico, orígenes y adaptación general.

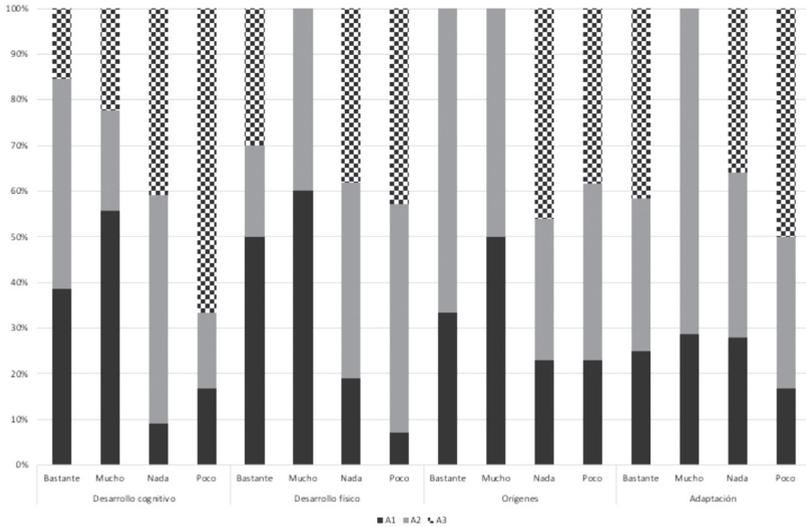


Gráfico 3. Grado de preocupación manifestado sobre los temas seleccionados (por agrupación) (elaboración propia).

Un elemento es evidente a primera vista: en el agregado 3, compuesto mayoritariamente por personas de más edad que en las otras dos agrupaciones, y mayormente sin relaciones estables de pareja o matrimonios, se expresaban niveles de preocupación sensiblemente inferiores, lo que pondría en cuestión una correlación estricta entre ser más joven y estar casado o convivir de forma estable en pareja con menores niveles de inquietud. Con todo, el nivel general de preocupación puede considerarse moderado o bajo, en la medida que la combinación de respuestas «Mucho» y «Bastante» frente a «Poco» o «Nada» siguió la siguiente correlación: desarrollo cognitivo (22 vs 28), desarrollo físico (15 vs 35), orígenes (11 vs 39) y adaptación (19 vs 31). No sorprende, pues, que a la hora de preguntar acerca de las fuentes que se buscan para obtener información sobre de estos temas, el 44% afirmase no recurrir a nadie y el 26% únicamente a su pareja, mientras que un 11% consultaba con profesionales y el 7% activaba a sus amigos/as. Por debajo de ese umbral encontramos el recurso a más de una de estas figuras para el mismo tipo de información (6%), Ego y su pareja (3%), otros parientes (2%) y abuelos (1%).

Pero, más allá de las preocupaciones y la fuente de información, la red puede movilizarse también por cuestiones eminentemente prácticas, en torno a tareas concretas (llevar al menor al colegio, llevarle al médico,

vestirle o comprarle ropa, etc.) o en apelaciones más difusas, pero tanto o más valoradas que las primeras por los propios informantes (apoyo emocional, consejos y demanda de información). Del primer tipo de ayuda puede decirse sobre esta muestra que Ego es el principal dispensador de las tareas ordinarias, que suelen quedar casi por completo confinadas a la esfera familiar más próxima. Así, Ego es proveedor básico de todas las tareas concretas en un 57% de los casos, seguido de Ego y su pareja en un 27%, lo es solo la pareja en un 10%, los abuelos en un 3% y nadie —por ejemplo, en aquellos casos en los cuales el menor, debido a su edad, ya es autosuficiente en estos cometidos— en otro 3%.

Finalmente, el recurso a figuras extrafamiliares como activos de gran valor en la red se aprecia claramente en los ámbitos más difusos del apoyo y el cuidado. Me referiré aquí a los tres que más impacto han tenido a lo largo de las entrevistas: (a) amigos de los padres/madres del menor, (b) escuela y (c) compañeros y amigos del mismo.

3.3. La relevancia y continuidad del apoyo difuso

Cierto tipo de ayuda no puede restringirse a una enumeración precisa de tareas o confinarse a momentos determinados del día o la semana, puesto que se percibe como latente a lo largo del tiempo y se activa con la frecuencia e intensidad que cada situación requiere. En este sentido, nos movemos en la esfera de lo que, parafraseando a Bott (1957), denominaríamos *contactos efectivos e íntimos*, es decir: personas cuyo vínculo mantiene su intensidad y vigencia, aunque no permanezca continuamente activado, y que es fácil y rápido de movilizar en caso de necesidad. Un primer elenco de contactos de gran importancia a este nivel lo constituyen las propias amistades de Ego y, en su caso, de su pareja. En este sentido, se cita habitualmente a miembros del grupo de padres y madres adoptantes con quienes se compartió una parte del trayecto adoptivo e incluso el viaje al país de origen para recoger al menor. El contacto con ellos suele ser de dos tipos: por un lado, una relación más sostenida en el tiempo con personas concretas de ese grupo con quienes se estableció en su momento una gran complicidad y, por otro lado, encuentros más puntuales con un mayor número de personas que compartieron esta experiencia (pudiendo llegar los menores a establecer también sólidos vínculos entre ellos, como señala Tania —48 años, casada—: «[...] *las niñas mantienen una vinculación especial entre ellas y hablan entre ellas sobre esto [adopción]*»). Así, aunque todos se etiquetan de «amigos», existe una evidente gradación interna en lo que concierne a la relación personal. Cabe subrayar también que estos contactos no siempre son necesariamente presenciales, sino que

se efectúan en buena medida a través de las redes sociales o por teléfono. De este modo, aunque las interacciones no siempre giran en torno a la adopción, sí que es la esfera adoptiva la que ha estructurado y vertebrado la conectividad entre ellos¹².

En este sentido, como comentaba anteriormente, puede resultar sorprendente la cantidad de amistades a las que se alude como claves en la crianza pero que no pertenecen al ámbito de la adopción internacional ni tienen hijos adoptados. Encontramos también aquí dos grandes sectores: el de amistades previas a la adopción del menor y que han mantenido su vínculo afectivo con Ego, reforzándose si cabe a su llegada, y aquellas que se han forjado con posterioridad. En ocasiones, unas u otras coinciden con un rol de gran utilidad para los padres y madres: profesionales del ámbito de la psicología, la pedagogía, la logopedia o la medicina, por ejemplo. En estos casos es difícil distinguir cuándo la consulta se realiza a un amigo o cuándo a un profesional, y Ego subraya frecuentemente el vínculo emocional que les une y su condición de amigos por encima de la de profesionales.

La escuela aparece también como un agente de suma importancia en la crianza adoptiva a dos niveles. Uno, más visible y autoevidente, en su rol educador y responsable subsidiario del menor mientras está en el centro. El otro, quizá menos aparente a primera vista, es casi más valorado por muchos padres y madres que el primero y tiene que ver fundamentalmente con la esfera del cuidado y la atención extraacadémica. No es raro que en el centro escolar haya otros niños y niñas adoptados, en ocasiones incluso en la misma aula, lo que permite abordar diversas facetas de la cuestión adoptiva en las clases o las tutorías. Además, se tiene en gran estima la figura del profesor (cabe decir en este estudio, sobre todo, la profesora) que demuestra un interés «especial» por el menor, haciéndole un seguimiento académico específico y prestando atención a cualquier señal que pueda interpretarse como incomodidad o, en aquellos casos en que entran en juego las necesidades educativas especiales, reforzando la tutela académica y dedicándole un suplemento adicional de tiempo. Son casos en los cuales el niño o la niña también ha tejido una complicidad singular con el/la docente y su opinión gana peso específico tanto de cara al menor como a sus padres.

Precisamente en el plano de la influencia quiero subrayar la importancia de los menores en el marco de este estudio. Ciertamente no porque supongan estadísticamente una mayoría (apenas constituyen el 13% del total de nominados), sino por la importancia cualitativa que Ego les confiere. En este segmento se cuentan tanto los hermanos de los menores adoptados

12. Puede encontrarse más información al respecto en Grau Rebollo, García Tugás y Vich Bertrán (2016).

como los propios amigos de estos y cuando aquellos son de más edad, sus madres y padres siempre les consideran de gran ayuda en la crianza de sus hermanos menores. Por ejemplo, Rosa (43 años, casada con 3 hijos, una de ellas adoptada) relata que la relación entre los tres hermanos es óptima y cuando la recogen en la escuela (la diferencia de edad es de 12 años respecto al hermano mayor y 8 respecto al mediano), la profesora a menudo les da las noticias a ellos para que se las transmitan a su madre, mientras que Lucía (42 años, casada con 3 hijos, dos de los cuales son adoptados) confía frecuentemente en ellos para «hacer de canguro». La relación entre pares es, además, muy valorada y una de las tareas de crianza que más destacan las madres y los padres adoptantes a este nivel es el juego, no solo como forma de socialización para sus hijos, sino como una especie de estimulante emocional que les permite expresar sentimientos que con los adultos no afloran, o no lo hacen de igual forma y con la misma intensidad. Puede así apreciarse cómo durante el tiempo de juego las relaciones entre iguales se fortalecen y el niño o la niña encuentra espacios y ocasiones para expresarse de un modo distinto al que puede hacerlo con los adultos. Al fin y al cabo, la importancia del juego en la formación de la personalidad y la socialización es clave (Burke, 2005; Howes, 1983) y el entorno adoptivo no supone en modo alguno una excepción.

Por todo ello, la frecuencia de contacto con la esfera «otros», donde se encuentran englobadas las amistades del menor, es tan intensa (Gráfico 1). Expresiones como: «sus amigas la miman mucho», «pasan mucho tiempo juntas» o «es como una hermana mayor para ella» aparecen frecuentemente en las entrevistas. En ocasiones, Ego subraya específicamente que entre el grupo de amistades destacan otros menores que también han sido adoptados: «*En esta edad [15 años] tiene mucho peso hablar con amigos. Quizá habla de la adopción más con ellos que conmigo*» (Carmen, 57 años, soltera sin relación estable de pareja y con un niño adoptado); «*Gema [pseudónimo] es una niña nepalí que vive aquí también [en la misma ciudad] y se consideran hermanas del corazón; hablan constantemente por teléfono*» (Mónica, 51 años, soltera sin relación estable de pareja, una hija adoptada). Así pues, la mayoría de edad no constituye un factor determinante para el apoyo efectivo en la crianza; no al menos en lo que refiere a la percepción de Ego en los ámbitos aquí analizados.

4. Conclusiones

Mientras que el papel de las redes formales de apoyo es bien conocido en distintos ámbitos de incidencia social, entre ellos el entorno adoptivo transnacional, el rol de soportes informales ha sido menos estudiado

desde las ciencias sociales, incluyendo la antropología social y cultural. En este artículo me he centrado en la importancia de las redes informales de apoyo en la crianza adoptiva en situaciones no consideradas como carenciales o de riesgo —por ejemplo, la adopción de un menor con necesidades especiales—, entornos donde investigaciones precedentes sí habían puesto más énfasis. Este análisis reticular nos permite comprender mejor las interacciones específicas entre los miembros de un colectivo, visualizando y analizando la cohesión relacional de sus apoyos.

En primer lugar, podemos apreciar que no existe un único patrón reticular en las redes examinadas, conformándose hasta tres agrupaciones distintas con diferentes niveles de densidad e índices de apoyo. Así, pese a la desproporción de los participantes en lo relativo al género (aspecto que debería compensarse en futuros estudios al respecto), se aprecia con claridad que los entramados de contactos que satisfacen las prioridades de apoyo a la crianza conforman redes relativamente reducidas, pero altamente efectivas desde la perspectiva de Ego. Esto pone de manifiesto que en general existe un número restringido de personas consideradas *fundamentales* o *muy importantes* para la crianza adoptiva.

En segundo lugar, se aprecia que la paternidad/maternidad emerge como un proyecto fundamentalmente de pareja, de modo que se procura limitar al máximo la solicitud de ayuda o asistencia fuera de este núcleo. Con todo, es constatable en esta muestra una incidencia manifiestamente distinta del género en el ejercicio de la crianza, lo que sugiere que, aunque ciertamente existe implicación por parte de hombres y mujeres, esta se da a niveles distintos y en grados de intensidad variables.

En tercer lugar, se evidencia que más allá de un primer nivel de atención representado por Ego (y su pareja, cuando existe), la extensión del cuidado resigue una lógica de anillos concéntricos: (1) familiares, (2) amistades (sobre todo no adoptantes) y (3) otros (con predominio del profesorado y los hermanos y amigos del propio hijo o hija). En cualquier caso, siempre se subraya la importancia de los vínculos latentes: la «presencia en ausencia», como refería una informante, cuyo papel refuerza la importancia del apoyo difuso (no específicamente orientado a una tarea en concreto) y perdurable en el tiempo.

En cuarto lugar, pueden apreciarse también en este estudio diferencias entre agrupaciones en lo tocante a las tareas que más frecuentemente requieren apoyo. Estos contrastes obedecen a la diversidad de perfiles que caracterizan a cada uno de ellos. En este sentido, es interesante resaltar que, en lo referente a la preocupación por el desarrollo del menor y la consiguiente búsqueda de información, los proyectos adoptivos con una trayectoria más larga revierten en menores niveles de ansiedad respecto

al bienestar futuro de los hijos y, a su vez, en redes no tan densas y con un índice de apoyo estadísticamente más bajo, pero con una efectividad práctica muy elevada desde la perspectiva de la persona de referencia.

Y, por último, vemos que los fenómenos socioculturales que delimitan la crianza giran, a criterio de los/as padres/madres entrevistados, en torno a los cuidados, el juego, constituir un referente para el comportamiento del menor, la educación, el ocio, el afecto y convertirse en una figura de autoridad.

Entre las limitaciones del estudio, convendría señalar al menos tres. En primer lugar, el escaso número de participantes varones (al parecer, un hecho recurrente en investigaciones *online* de esta naturaleza). En segundo lugar, la sobrerrepresentación de padres y madres residentes en Cataluña (que aconseja buscar mayores estrategias de diversificación a este respecto de cara a futuras investigaciones). Y, en tercer lugar, el predominio de informantes casados/as y heterosexuales (sería interesante conocer en el futuro si entre homofamilias o monoparentales se dan patrones similares a los identificados en este estudio, e incluso poder comparar resultados con investigaciones que se dirijan a examinar los cuidados entre familias que optan por la donación reproductiva).

También sería interesante profundizar en futuros estudios en las estrategias de crianza de aquellas personas cuyo total de nominados como elementos fundamentales para la crianza es muy reducido (por debajo del umbral de cinco, establecido en este estudio), así como el papel activo de los menores en responsabilidades de crianza, por cuanto se han revelado, pese a su escasa incidencia estadística, como un sector cualitativo especialmente importante y que en este caso ha supuesto que se consideren más relevantes los cuidados y el juego que la educación o la autoridad, por ejemplo. Esto implicará adoptar una dimensión no adultocéntrica que se oriente a examinar las relaciones entre pares, independientemente de su edad.

Una última constatación me parece de interés para estudios focalizados en el análisis de redes sociales: en la medida en que en esta muestra los perfiles con menor densidad de red y más bajo índice de apoyo presentan niveles significativamente más bajos de preocupación por el desarrollo del/la menor o su adaptación y teniendo en cuenta que responden a proyectos en los cuales la vía adoptiva se consideró prioritaria como esperanza de maternidad, podría hipotetizarse una consideración de la eficiencia de las redes más basada en variables asociadas a la trayectoria y solidez de los proyectos vitales personales que en la extensión y profundidad reticular.

Referencias

- Adler-Lomnitz, L. (1994). *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*. Mexico D.F.: Miguel Ángel Porrúa.
- Bestard, J. y Marre, D. (Eds.) (2004). *La Adopción y el acogimiento: Presente y perspectivas*. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Bott, E. (1957). *Family and social network*. London: Tavistock Publications Limited.
- Bryan, V.; Flaherty, C. y Saunders, C. (2010). Supporting adoptive families: Participant perceptions of a statewide peer mentoring and support program. *Journal of Public Child Welfare*, 4(1): 91-112.
- Burke, C. (2005). «Play in focus»: Children researching their own spaces and places for play. *Children Youth and Environments*, 15(1): 27-53.
- Cutrona, C.E. (2000). Social support principles for strengthening families: messages from America. En *Family Support: Direction from Diversity*. J. Canavan, P. Dolan, y J. Pinkerton, Eds. Londres: Jessica Kingsley Publishing.
- Erich, S.; Leung, P.; Kindle, P. y Carter, S. (2005). Gay and lesbian adoptive families: An exploratory study of family functioning, adoptive child's behavior, and familial support networks. *Journal of Family Social Work*, 9(1): 17-32.
- Finch, J. (1989). *Family Obligations and Social Change*. Cambridge: Polity Press.
- Finch, J., y Mason, J. (1992). *Negotiating family responsibilities*. Londres: Routledge.
- Gladstone, J.; Brown, R. y Fitzgerald, K.A. (2009). Grandparents raising their grandchildren: Tensions, service needs and involvement with child welfare agencies. *International Journal of Aging and Human Development*, 69(1): 55-78.
- Goldberg, A.E. y Smith, J.Z. (2008). Social Support and Psychological Well-Being in Lesbian and Heterosexual Preadoptive Couples. *Family Relations*, 57(3): 281-294.
- Goldberg, A.E.; Smith, J.Z. y Perry-Jenkins, M. (2012). The Division of Labor in Lesbian, Gay, and Heterosexual New Adoptive Parents. *Journal of Marriage and Family*, 74(4): 812-828.
- Grau Rebollo, J. (2011). Parentesco, adscripción y crianza. Elaboraciones culturales de la adopción internacional y la circulación de niños. *Revista de Antropología Social*, 20: 31-54. DOI: http://dx.doi.org/10.5209/rev_RASO.2011.v20.36261
- Grau Rebollo, J.; García Tugas, L. y Vich Bertrán, J. (2016). Flujos de información e interacciones online en el marco de la crianza adoptiva. *Quaderns-e. Institut Català d'Antropologia*, 21(2): 38-59.
- Groza, V. (1996). *Successful adoptive families: A Longitudinal Study of Special Needs Adoption*. Westport, Connecticut: Praeger.
- Hartwig, E.K. (2016). Social networks: A village of support for single mothers. *Journal of Family Social Work*, 19(1): 22-37.
- Hayslip, B. y Kaminski, P. (2005). Grandparents raising their grandchildren: A review of the literature and suggestions for practice. *The Gerontologist*, 45(2): 262-269.
- Howes, C. (1983). Patterns of Friendship. *Child Development*, 54(4): 1041-1053.
- Jaume, M.J.R. y González Río, M.J. (2014). Self-administered online surveys. A case study: «Adoptive families and their lifestyles». *Empiria*, 29: 155-175.

- Jociles, M.I. (2013). Resistance to expert knowledge: Single-parent adoptive families and tactics for legitimizing solidarity as motivation to adopt. *Cultura y Educación*, 25(2): 213-228.
- Jociles, M.I. y Leyra, B. (2016). Las comunidades virtuales como marcos de cuidados horizontales entre mujeres: el caso de las familias que acuden a la donación reproductiva en España. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 11(02): 199-224.
- Kinkler, L.A. y Goldberg, A.E. (2011). Working With What We've Got: Perceptions of Barriers and Supports Among Small-Metropolitan Same-Sex Adopting Couples. *Family relations*, 60(4): 387-403.
- Kogovšek, T. y Ferligoj, A. (2004). The quality of measurement of personal support subnetworks. *Quality and Quantity*, 38(5): 517-532.
- Kramer, L., y Houston, D. (1998). Supporting Families as They Adopt Children with Special Needs. *Family Relations*, 47(4): 423-432.
- Lansford, J.E.; Ceballos, R.; Abbey, A. y Stewart, A.J. (2001). Does Family Structure Matter? A Comparison of Adoptive, Two-Parent Biological, Single-Mother, Stepfather, and Stepmother Households. *Journal of Marriage and Family*, 63(3): 840-851.
- Lindley, T. (2011). Cyberspace and Contested Meanings of Adoptive Parenthood: A Case Study of Adoptive Parents of Filipino Children. En *Motherhood online*. M. Moravec, Ed. Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing.
- Marre, D. y Briggs, L. (Eds). (2009). *International adoption: global inequalities and the circulation of children*. Nueva York: New York University Press.
- McCarty, C. (2002). Structure in Personal Networks. *Journal of Social Structure*, 3(1).
- McCarty, C.; Bernard, H.R.; Killworth, P.D.; Shelley, G.A. y Johnsen, E.C. (1997). Eliciting representative samples of personal networks. *Social Networks*, 19: 303-323.
- McKay, K. y Ross, L.E. (2010). The transition to adoptive parenthood: A pilot study of parents adopting in Ontario, Canada. *Children and Youth Services Review*, 32(4): 604-610.
- Molina, J.L. (2001). *El análisis de redes sociales: una introducción*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Montané, M.J. (1996). La evolución de la adopción internacional en España. *Anuario de Psicología*, 71: 23-35.
- Moreno, J.L. (1951). *Sociometry, Experimental Method, and the Science of Society*. Ambler, PA: Beacon House.
- Neil, E. (2007). Supporting post-adoption contact for children adopted from care: A study of social workers' attitudes. *Adoption Quarterly*, 10(3-4): 3-28.
- Offenhenden, M. y Comas, D. (Ed.) (2017). *Reflexiones desde la antropología en torno al cuidado*. *Quaderns-e*, 22(2).
- Palacios, J. y Brodzinsky, D. (2010). Review: Adoption research: Trends, topics, outcomes. *International Journal of Behavioral Development*, 34(3): 270-284.
- Pichardo, J.I. (2011). We are family (or not): Social and legal recognition of same-sex relationships and lesbian and gay families in Spain. *Sexualities*, 14(5): 544-561.
- Proctor, C.; Groza, V. y Rosenthal, J. (1999). *Social Support and Adoptive Family of Children with Special Needs*. Cleveland, OH: Jack, Joseph and Morton Mandel School of Applied Social Sciences.

- Pudrovska, T. (2008). Psychological implications of motherhood and fatherhood in midlife: Evidence from sibling models. *Journal of Marriage and Family*, 70(1): 168-181.
- Schwartz, A.E.; Cody, P.A.; Ayers-Lopez, S.J.; McRoy, R.G. y Fong, R. (2014). Post-Adoption Support Groups: Strategies for Addressing Marital Issues. *Adoption Quarterly*, 17(2): 85-111.
- Selman, P. (2006). Trends in intercountry adoption: analysis of data from 20 receiving countries, 1998-2004. *Journal of Population Research*, 23(2): 183-204.
- Wu, Y. y Duan, Z. (2015). Social network analysis of international scientific collaboration on psychiatry research. *International Journal of Mental Health Systems*, 9(2).

